

Córdoba de la Nueva Andalucía

Por el Profesor MANUEL A. CASARTELLI

«... tomauva y tomo en nombre de su magestad rreal en la dha. ciudad y prouincia ds la Nueva Andalucía e de como la a tomado en el dho. rreal nombre sin ninguna contradicio diziendo ay alguna o algunas personas de los que están presentes que me contradigan lo suso dho. los cuales dixeron que no».

(Del Acta de la Fundación de Córdoba)

Esta magnífica y pujante Córdoba argentina es semejante a la Córdoba andaluza, su ilustre predecesora. Nació como una predestinada, opulenta de noble linaje castellano, en las postrimerías del siglo XVI, en las márgenes mismas del río *Suquía*, su nombre indígena, y en el lugar que los indios llamaban *Quisquisacate*, que en la lengua de los *comechingones* significa «junta de ríos».

Las dos hermosas ciudades homónimas, la española y la criolla, se levantan por rara coincidencia en rientes y fértiles valles; ambas se espejan en las aguas de sus respectivos ríos seculares: el Guadalquivir y el Primero (antes Suquía); una y otra ostentan un eterno cielo diáfano y de azul purísimo y se asientan en parecidas sierras de suaves ondulaciones, que se recortan sobre pintorescos horizontes de mágicas sugerencias.

Yo nunca he visto hasta ahora esa otra Córdoba de los floridos alcázares y de las mezquitas famosas, pero la siento palpitar muy adentro de mi espíritu, porque mi buena madre, —que Dios tenga en su gloria,—fué española y andaluza, y siempre me contaba de aquella ciudad cosas grandiosas que impresionaron hondamente mi mente de niño curioso. Hasta recuerdo que la pobre se enorgullecía por haber sido bautizada, ¡honroso título!, en la morisca Mezquita que, mandada construir por aquel Abd-er-Rahmán, quedó concluida en 793 de nuestra Era. ¡Y qué tamaños ojos abría yo cuando me expli-

caba que tal mezquita había poseído en pasados tiempos un millar de columnas de todos los estilos!..

Prosiguiendo con la comparación, diremos que ambas ciudades se parecen mucho, asimismo, por su aire grave, reposado y místico. Empero, a esta Córdoba americana le falta, por motivos obvios, ese sello encantador que nosotros no tenemos aquí y que se deja de ver en los antiguos monumentos debidos al arte maravilloso del Califato, en la Córdoba europea.

Además nuestra urbe mediterránea, que ya sobrepasa con holgura los 500.000 habitantes, va perdiendo con ritmo incesante su típica fisonomía española. Esta se mantiene invulnerable en la reciedumbre de su bellísima Catedral y de sus varios templos que datan desde la Colonia, y en las piedras venerables de su insigne Universidad y de algunos edificios muy antiguos que han sido declarados monumentos nacionales.

Plumas de eminentes escritores argentinos y extranjeros han exaltado con páginas inolvidables a esta Córdoba de la Nueva Andalucía, y para no abundar en citas, recordaremos, por ejemplo, al gran escritor hispano don José María Salaverría, y a nuestro genial Sarmiento que, en su incomparable «*Facundo*», dice con toda justicia que «Córdoba era, no diré la ciudad más coqueta de la América, porque se ofendería de ello su gravedad española, pero sí una de las ciudades más bonitas del continente». Esta autorizada opinión sarmientina sigue siendo válida, a más de un siglo de distancia desde la publicación de su aludida obra.

Hay sin duda en el desarrollo y evolución de los pueblos dos fuerzas que, siendo antagónicas en apariencia, se enlazan y se complementan: por un lado la acción creadora del hombre, en la búsqueda perenne de modernas concepciones de vida, y por el otro, el culto de las tradiciones históricas. Los cordobeses argentinos, y no menos los de la augusta Madre Patria, son progresistas y dinámicos pero aman también con entrañable amor ese rico acervo espiritual que se personaliza con las cosas del pasado, porque, como bien lo ha definido don Ricardo Levene, «pueblo que no sabe su historia no sabe a dónde va porque ignora de dónde viene».

Existe, pues, en nosotros, una fina sensibilidad «telúrica» que nos viene de la permanente contemplación de este cielo de raras reminiscencias andaluzas, y una fuerte disposición anímica que nos habla siempre con el lenguaje de la raza primigenia, con la voz de la

sangre y con las rancias predilecciones espirituales de nuestros rebi-sabuelos hispánicos.

*
* *

Esta Córdoba la Llana (que así se llama también históricamente) fué fundada en 6 de julio de 1573 por el noble hidalgo sevillano don Jerónimo Luis de Cabrera, «de la sangre más ilustre de España por todas las líneas», según consta en la ejecutoria de su claro linaje.

Es quizás una de las erecciones españolas más notables en esta parte de América, no sólo por la visión demostrada de orden político, cultural y económico, sino de manera especial por el profundo fervor que don Jerónimo puso en la obra. Nada hay que pueda aspirar a la perfección y a la permanencia, faltando ese fervor. Los cuatro siglos de existencia que Córdoba lleva cumplidos casi, son el mejor testimonio de esa clarividencia del notable fundador y de su pasión civilizadora. Será por ello, estamos ciertos, que alguna vez nos ha inspirado estos versos sencillos de evocadora admiración:

.....
 «Hay fiebre de colmenares en tus calles rumorosas,
 eclosión de vida nueva con pujanza generosa.
 Por doquier las tradiciones de cosas que ya se fueron
 hablan su viejo lenguaje evocando los recuerdos.
 Córdoba de la esperanza, la de ayer y la que vemos,
 llena de tiernas promesas y de místicos consuelos.
 Eres bella como diosa de blanco mármol de Atenas,
 valerosa cual Diana, como Venus eres bella,
 Altiva como princesa de la raza castellana,
 y amorosa como madre de esta tierra tan amada.
 Industriosa y soñadora, generosa y muy devota,
 estudiosa, sabia y culta, con su fama de doctora.
 ¡Ah! Córdoba del ensueño, fina tacita de plata,
 yo en tu cabeza pondría la corona de esmeraldas
 de tus risueños valles, engarzada con estrellas
 que me darían los cielos de tus noches tan serenas.
 Y arrancaría a la Luna sus destellos luminosos,
 para ponerlos a tus pies en almohadón primoroso.
 ¡Córdoba, gentil sultana, eres sueño de la Alhambra,
 con los mágicos encantos de la inmortal Granada!»

Pero veamos en virtud de qué designios providenciales se produce esta famosa fundación española.

Don Francisco de Toledo, Mayordomo de su Majestad, su Viso Rey, Gobernador y Capitan General de los Reinos y Provincias del Perú, Presidente de la Audiencia Real residente en la Ciudad de los Reyes (según reza textualmente) nombra en el Cuzco gobernador y capitán general de las provincias de Tucumán, Juríes y Diaguitas, a don Jerónimo Luis de Cabrera, por cuatro años, y con la consigna de que como tal hiciera «en dichas provincias predicar el santo evangelio y enseñar las cosas de la santa fe cathólica a los naturales ynfieles dellas». Este documento, poco conocido, es una valiosísima pieza histórica que se guarda en el Archivo Municipal de Córdoba y que lleva la fecha de 20 septiembre de 1571, vale decir, dos años antes de consumarse la epopeya de la fundación. Agregaremos como datos biográficos, que don Jerónimo era natural de Sevilla, comendador de Mores y Benazuza en la orden de Santiago, e hijo del maestre de campo don Miguel Jerónimo Cabrera y de doña María Toledo. Casó en Lima con doña Luisa Martel de los Ríos, hija de don Gonzalo Martel de la Puente, señor de Almonaster, y de doña Francisca de Mendoza y de los Ríos, ambos de linajudo abolenço. Este don Gonzalo había nacido en Sevilla, mientras que su consorte era natural de Córdoba. Como se ve, Andalucía y la Córdoba hispana estaban presentes en el alma de estos personajes, por influjo de la tierra en que nacieron y del noble solar de sus mayores.

Las facultades otorgadas a Cabrera por el virrey del Perú eran tan amplias y estaban tan minuciosamente determinadas, que a nuestro juicio se extendió hasta las llamadas provincias del *Tucumán*, *Juríes* y *Diaguitas*, toda la potestad real para civilizar, pacificar y consolidar el poder de España en estas inhóspitas y extensas regiones dominadas todavía por los indígenas.

Dos intentos se habían realizado antes, con resultados dispares: la temeraria «*Entrada de Diego de Rojas*», que partiendo desde el Cuzco, en mayo de 1543, había terminado trágicamente con su muerte, por una flecha enherbolada, en enero de 1544, en el lugar denominado «*Salavina*» (en el sur de Santiago del Estero); el otro estuvo a cargo de don Juan Núñez de Prado, en 1549, quien tuvo el honor de fundar la primera ciudad hispana en lo que después sería tierra argentina: *El Barco*, que, trasladada y refundada, es nuestra actual Santiago del Estero.

Puede advertirse, así, que quedaba mucho por hacer hacia tierra adentro, en donde el salvaje no había podido recibir aún los frutos de la civilización, que a costa de tantos afanes y sacrificios les traían aquellos esforzados paladines de la Conquista. Aquí cabe recordar aquellas sabias palabras de Juan Bautista Alberdi, insigne autor de «*Bases*», que sirvió de fundamento a la Constitución de 1853: «Nuestra religión cristiana ha sido traída a América por los extranjeros.



Plaza San Martín — Bellísimo paseo en el corazón de la ciudad cordobesa. En primer plano estatua del Libertador, José de San Martín; al fondo una de las torres de la Catedral, magnífica joya colonial que data del siglo XVII.

A no ser por Europa, hoy América estaría adorando al sol, a los árboles, a las bestias, quemando hombres en sacrificio, y no conocería el matrimonio. La mano de Europa plantó la Cruz de Jesucristo en la América antes gentil. ¡Bendita sea por esto sólo la mano de Europa!»

Y esa Cruz de la redención humana la trajeron los españoles, para fundar pueblos y para legarnos su verbo maravilloso y la acendrada fe de sus creencias milenarias.

Bien, pues: Don Jerónimo ha llegado por fin a la tierra de los *Comechingones*, indios mansos e industriosos que ya sabían construir acequias y plantaban el maíz.

Hacía tiempo que maduraba en su mente el proyecto de fundar

una ciudad en estas fértiles tierras, para que sirviera de punto de apoyo entre la capital del Virreinato y el gran río que servía de salida para la Península, que era parte, asimismo, de las instrucciones que tenía recibidas del virrey. En ese gran río, hacia la llamada «*Mar del Norte*», debía también establecer «un puerto». Entre los días que median entre el 24 de junio, en que su planta holla la ribera izquierda del río Suquía, y el 5 de julio de 1573, víspera del grato acontecimiento, el ilustre conquistador no se da un minuto de descanso. Ha observado con sumo interés el histórico lugar, y destacando algunos de sus capitanes de confianza para que le traigan noticias exactas de los indios comarcanos y de los medios de subsistencia. Las opiniones son concordantes. En aquel apacible valle llamado *Quisquisacate* puede levantarse con éxito la proyectada ciudad, para cristalizar «la epopeya más grandiosa que registran los fastos de la colonización de esta privilegiada porción del Continente sureño americano», según afirma un autorizado historiógrafo.

Don Jerónimo ya la tiene bautizada: Habrá de llamarse «*Córdoba*», y la provincia «*Córdoba de la Nueva Andalucía*», homenaje tierno y efusivo para su noble consorte y para la tierra de sus mayores, por la pureza andaluza de su cielo

En 6 de julio de 1573 queda consumada la feliz fundación. El escribano de su majestad, don Francisco de Torres, labra el acta de estilo en donde además de los recaudos propios para estas celebraciones se hace constar textualmente: «E luego el dicho Señor Gobor. que en nombre de su magestad daua e dio a esta dha. ciudad jurisdicción priuatiua de todas las otras ciudades, vilas e lugares de su magestad que ay en estas prouincias e rreynos e demás rreynos de su Magestad con mero misto ymperio y ansimismo en el dho. rreal nombre dixo que daua e dio a esta dha. ciudad todas las franquezas y mercedes y libertades que tienen las ciudades de los reyes y del cusco en el rreyno del pirú para que goze de todas ellas con los demas que adelante su Magestad le hiciere mrd. o el dho. señor gobernador en su rreal nombre e lo firmo siendo testigo los dhos. — dongeronimo Luis de Cabrera, ante mí Francisco de torres escriuano de su Magestad».

No obstante que la primitiva fundación fué hecha sobre la margen izquierda del viejo Suquía (hoy Primero), conviene recordar que don Jerónimo creyó como lugar más conveniente el opuesto, sobre la margen derecha, por cuyo motivo el 5 de julio (víspera de la fundación) hace labrar por el escribano Torres un auto especial, para

que consigne que «pareciéndole reedificar y mudar la dicha ciudad a otro mejor sitio y lugar lo pudiera hacer». Es por este motivo que, decidido a ejecutar el tal traslado, suscribe en 11 de marzo de 1574 otro auto, por el que ordena que «la Justicia, Cabildo e Regimiento de esta dha. ciudad mude el Rollo e Picota que está puesto en la Plaza do señaló primero el asiento» correspondiente a una nueva traza de la naciente ciudad «que será un cuarto de legua desde el primer asiento e fuerte, de la otra parte del río que llamamos de Quisquisacate».

Alguna vez, también, hemos cantado la grandeza inmortal de este acontecimiento civilizador en «*Romance del Río Primero*», diciendo con acento conmovido:

.....
 ¡Cantad aguas del Suquía,
 las glorias de tu señor,
 que ya nace un nuevo día
 con las gracias del albor;
 es Cabrera el que lo manda,
 Cabrera gran fundador,
 que puso amor en tus aguas,
 por la grandeza de Dios!
 Y en la margen del río,
 valle del Quisquisacate,
 donde juntan sus aguas
 los dos ríos caudales,
 (La Cañada y el Primero)
 fundó Cabrera la Córdoba,
 de sus sueños tan queridos,
 para la gloria de España.

El 6 de julio de 1956, la Córdoba argentina ha cumplido 383 años de existencia. Grandes homenajes se tributaron al ilustre fundador, al pie de su estatua que se levanta en la plazuela de su mismo nombre, que da espalda a la Catedral.

¡Cuánto ha cambiado en cincuenta años esta gran urbe americana!

Nosotros la recordamos con suaves añoranzas, de nuestra pasada niñez y mocedad, cuando era todavía de casas chatas y el agua llovediza caía a chorros por sus aleros de tejas españolas, sobre

los desprevenidos viandantes. Frescas acequias corrían por todas sus calles y sus plazas y paseos tenían aún un aspecto agreste y acogedor. Alcanzamos a ver los últimos faroles de gas, que todavía se mantienen en algunas viejas casonas, como resabios del pasado, pero sin mostrar sus lucecitas azuladas.

¿Y aquellos vetustos tranvías de caballos que tiraban una yunta de jamelgos, y que por diez centavitos nos dejaban hacer un paseo que duraba horas? En 1910 se comenzaron las obras para instalar los tranvías eléctricos, con sus graves «*motorman*» y sus «*guardas*» de bien cortados uniformes. Aquellos humildes tranvías funcionaron con general beneplácito del vecindario, desde 1879 hasta 1925, en que desapareció el último vehículo de sus servicios públicos.

Hoy posee Córdoba una excelente red de transportes urbanos, que consiste en unas treinta líneas de modernos «*ómnibus*», con capacidad cada uno para setenta pasajeros, y subsisten todavía sus tranvías eléctricos, servidos por unas ciento treinta unidades. La Municipalidad tiene proyectado instalar en breve plazo varias líneas de «*trole-buses*», lo que demandaría un gasto inicial de cuarenta millones de pesos.

La vida cultural y artística es muy intensa en esta ciudad, y se desenvuelve bajo el influjo de nuestra ilustre Universidad Nacional, que fué fundada en 1613 por Fray Fernando de Trejo y Sanabria. Es la segunda de Sud-América, después de la de San Marcos de Lima.

Por algo ha dicho Paúl Groussac que «Córdoba con su fundador Cabrera y comitiva, su primer obispo residente, Trejo y Sanabria, su vecindario de abolengo, y sus pergaminos universitarios, agregados desde temprano a sus ejecutorias, es la ciudad noble de la colonia». Es la verdad, y ninguna otra ciudad americana puede disputarle tan insigne título.

Por su fe cristiana y la profusión de sus templos, ha sido llamada la «*Roma americana*», y otros denominativos la ilustran igualmente, como la «docta», la «monástica» o la «mística». Su magnífica Catedral, que alza su imponente mole de estilo vario en frente de la Plaza San Martín (antes Plaza Mayor), es una joya arquitectónica de insuperable valor en esta parte de América. Oigamos lo que dice a su respecto el distinguido y talentoso arquitecto, don Jaime Roca, profesor en la Facultad de Ingeniería en nuestra Universidad: «El pórtico pertenece al renacimiento clásico. Las torres y cúpulas son de un acento puramente barroco, con elementos indígenas en la decoración. Mientras que los torreones de la cúpula, le dan un carác-

ter romántico español. En las torres y en las cúpulas se advierte el arte indoamericano». Los detalles interiores de pintura y decorado fueron ejecutados por el gran pintor catamarqueño, don Emilio A. Caraffa, y puede decirse que es el único contraste que se advier-



Casa del Obispo Mercadillo. — Parte central u oratorio del «Palacio del Obispo Mercadillo», terminado de construir en 1703. Es lo único que sobrevive desafiando a los siglos. Se levanta dando frente a Plaza S. Martín.

te entre el arte primitivo de esta hermosa Catedral y sus obras posteriores, que datan desde principios de siglo. En el pórtico pueden admirarse rejas forjadas de inestimable valor artístico.

Otros templos son dignos de admiración, como el de la Compañía de Jesús, cuyo origen se cree que data de 1586, cuando Córdoba era apenas una aldea con pretensiones de ciudad. Está declarado monumento histórico por decreto del Poder Ejecutivo de la Nación,

de fecha 27 de diciembre de 1940. El Monasterio de Santa Teresa de Jesús fué fundado por el capitán don Juan de Tejada y Miraval, uno de los más famosos conquistadores de los tiempos coloniales, en cumplimiento de un solemne voto que hiciera por la grave enfermedad de una de sus hijas. Debemos recordar, asimismo, la Iglesia de San Francisco, cuyos primeros monjes arribaron a Córdoba, en 1575; la hermosa Basílica de Nuestra Señora de la Merced, instalada desde 1601, y en cuyo tesoro se guardan reliquias valiosas ofrendadas a la Virgen; la Basílica de Santo Domingo, levantada por la «orden de los predicadores» allá por 1604. En una trágica noche de 1639, una terrible inundación producida por el desborde de «La Cañada», destruyó completamente la Iglesia primitiva de los dominicos, la que después fué restaurada; pero otro desastre parecido la arruinó totalmente en 1671.

La que hoy existe data del siglo XIX, cuya inauguración se hizo en 1861 y se consagró por el Obispo titular doctor José Vicenre de Arellano.

El monasterio de Santa Catalina se fundó en Córdoba en 2 de julio de 1613 y puede considerarse como la casa más antigua monacal para mujeres en las gobernaciones de Tucumán y Río de la Plata. Es de clausura rigurosa por lo cual es imposible poder visitar su interior, pero pueden admirarse el exterior de su Iglesia de líneas sobrias y la magnífica portada que da acceso a su torno, que lleva fecha de 1763.

La sencilla Iglesia del Pilar se inició en 1738, por la munificencia de las hermanas Jacinta y Gregoria Sobradíel, que, según afirma un historiador cordobés, eran «oriundas de Zaragoza y descendientes de los condes de Sobradíel». En 1767 se amplió por donación del sargento mayor de Infantería, don Fernando Fabro. Fué cura párroco de esta Iglesia, durante muchos años, el ilustre erudito, polígrafo e historiador de Córdoba, monseñor doctor Pablo Cabrera, autor de varios libros de gran valor histórico y etnológico.

No debemos terminar esta ligera reseña, sin mencionar nuestra Universidad Nacional y su colegio anexo de «*Monserrat*», en cuyas paredes seculares parece que se reflejara toda la historia de nuestra antigua ciudad. Por sus claustros de místicas sugerencias, desfilaron figuras ilustres de nuestro pasado, como el Deán Gregorio Funes, su rector reformador; el Presbítero doctor Ignacio Duarte y Quirós, insigne fundador del Colegio Nacional de Monserrat, y alumnos tan ilustrados de una u otra de estas venerables instituciones, como Juan

José Castelli; Pedro y Mariano Medrano; Juan José Passo; Juan Ignacio Gorriti; José María Paz y Dalmacio Vélez Sársfield, el gran codificador argentino, autor de nuestro grandioso Código Civil. También fueron alumnos del Monserrat, a fines del siglo pasado, escritores de la valía intelectual de Marcos Sastre, autor del «*Tempe Argentino*», y otras obras notables, y el inolvidable poeta y escritor



Palacio de Justicia. — Moderno y monumental edificio de armoniosas líneas arquitectónicas. Está considerado como uno de los más bellos del país.

cordobés, Leopoldo Lugones, cumbre de los líricos americanos de habla castellana.

Cabe mencionar, igualmente, el viejo «*Cabildo*», que empezara a construirse por orden del Ayuntamiento, en 1588, y que posteriormente, en 1639 y 1733, fué ampliado. En 1789, durante el progresista gobierno del marqués de Sobremonte, que después fuera Virrey del Río de la Plata, se dió término a todo el frente del curioso edificio que da frente a la Plaza San Martín. Este caserón ha sido sede oficial de muchos gobernadores coloniales y de varios de nuestra época constitucional. En la actualidad está ocupado por el Departamento Central de Policía.

La *Casa de Sobremonte*, antigua casona que habitó ese ilustre gobernador, durante su estada en Córdoba, es de magnífica factura colonial, y hoy está ocupada por el Museo Colonial de Córdoba «Dr. Pablo Cabrera»; la *Casa de los Allende*, situada a pocos metros

de la anterior, de señorial empaque y sólida fábrica, es la que la tradición ha dado en llamar «*Casa de la Virreina*», quizás porque en ella se albergó el marqués de Sobremonte con su regia esposa, cuando huyó a Córdoba, en 1806, durante las primeras invasiones inglesas a Buenos Aires al mando de Beresford.

La *Casa del Obispo Mercadillo* es otra joya de nuestro pasado hispánico. Alza su airosa figura en calle Rosario de Santa Fe, al número 39, dando frente a la Plaza San Martín. En realidad lo único que resta de este secular edificio es el «oratorio» de este prelado, que muestra dos plantas de singular armonía con un bellissimo balcón volado de exquisita forja y está coronado por una cruz de hierro. Fué sede episcopal de Fray Manuel Mercadillo, natural de Daimiel —Castilla la Nueva— que asumió la diócesis del Tucumán en 1698, para radicarse después en Córdoba. Llamóse en un principio este edificio, «*Palacio del Obispo Mercadillo*», quizás por su magnificencia para la época en que se construyó, posiblemente hacia 1703.

Al lado casi de este Oratorio, existió hasta hace dos años, la antigua casona del gobernador intendente del reino de España con asiento en esta ciudad, don Juan Gutiérrez Concha, que fué uno de los infortunados compañeros de Liniers fusilados en «Cruz Alta» o «Monte de los Papagayos»; en 1810. Es tradición histórica que en este monumental edificio (que fué ocupado por un hotel durante este siglo) se reunían los conjurados contrarrevolucionarios: Liniers, Gutiérrez Concha, Santiago Alejo de Allende, Joaquín Moreno, el Dr. Rodríguez y el único que salvó su vida, por su sagrada investidura: el entonces Obispo de Córdoba, monseñor Orellana. Cabe recordar, de paso, que con las iniciales de sus apellidos se tejió por manos anónimas aquel fatídico acróstico que decía «*Clamor*», y que apareció poco tiempo después en el lugar de la ejecución.

Largo sería seguir enumerando otros monumentos de nuestro pasado colonial, pero los que aún subsisten son igualmente notables como los que dejamos reseñados. Todo este rico acervo histórico que habla del esplendor de Córdoba desde sus primeros años de fundación, tiene su asiento alrededor de la plaza principal (hoy San Martín) y en un ámbito de diez «*cuadras*» de Este a Oeste y unas siete de Norte a Sur, que corresponde a la primitiva traza de la ciudad dispuesta por su fundador. En este opulento sector bulle la vida principal de Córdoba, con su importante comercio y la grandiosidad de sus modernos edificios hasta de diez pisos, haciendo contraste con aquellos otros monumentos del pasado. Pues conviene aclarar

que aquí no podemos tener esos imponentes «rascacielos» que se yerguen majestuosos en Buenos Aires y en otras ciudades americanas y europeas: expresas ordenanzas municipales lo prohíben, por razones de higiene pública, para no quitar al resto de la ciudad los



Calle San Martín – Centro principal del gran comercio de la ciudad mediterránea argentina, orgullo de sus habitantes e índice de su pujanza y de su maravilloso progreso.

beneficios de su aire tan saludable y de su esplendoroso sol de Andalucía.

Por lo demás, Córdoba se ha extendido considerablemente hacia los cuatro puntos cardinales, con nutridas barriadas que abarcan decenas de kilómetros cuadrados. Con decir que nuestra gran urbe posee teóricamente *trece kilómetros por lado*, se puede tener una idea aproximada de lo que es y será en lo porvenir. El río Primero

la divide en varios sectores, que se comunican por hermosos puentes (ocho en total), y sobre la legendaria «Cañada», que la cruza de Sur a Norte, se han construído no menos de veinte, todos de piedra labrada, que dan paso a sus calles principales.

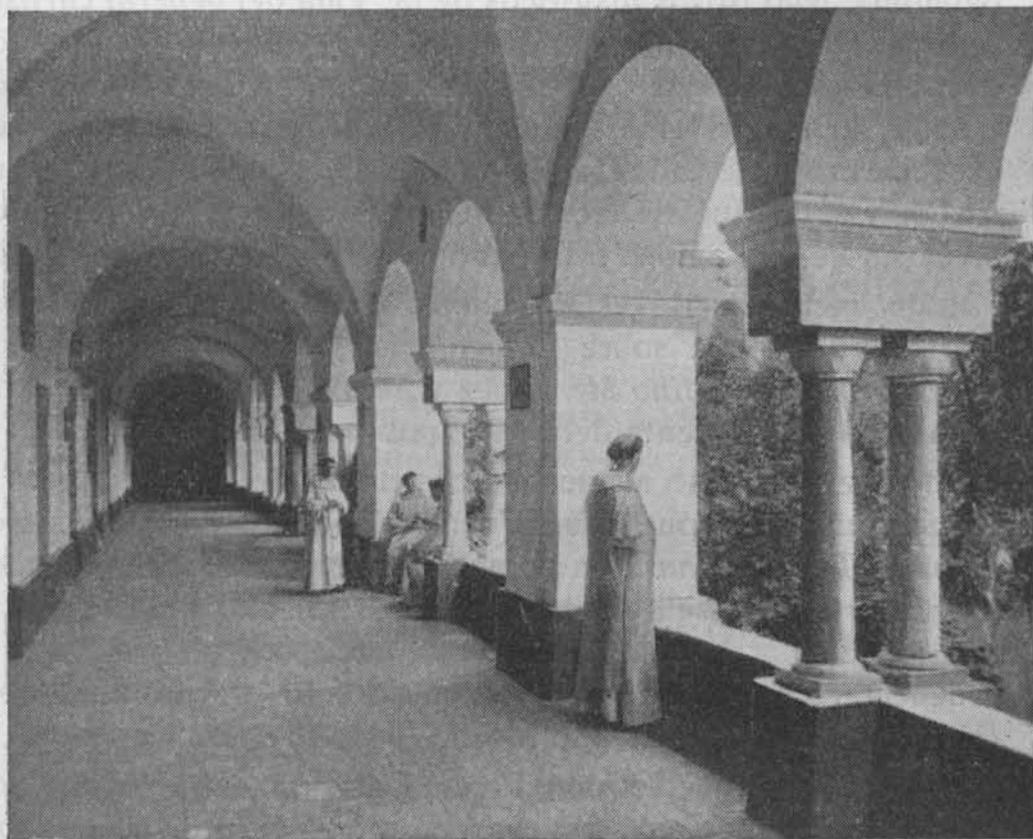
El lecho del Primero y de la Cañada ha sido «sistematizado» en todo su trayecto por la ciudad, con obras costosas de sillería y de cemento, que le dan un hermoso aspecto edilicio y proporciona higiene y seguridad a la población.

Córdoba posee diez grandes mercados municipales, distribuídos en el centro y barrios suburbanos; nueve Bancos, tres oficiales, —de la Nación y de la Provincia,— y los demás privados; un hermoso Palacio de Justicia, en donde funcionan todos los Tribunales y las oficinas del Gobierno; moderno Palacio de Telecomunicaciones (Correos y Telégrafos); un Palacio Municipal actualmente en construcción; Legislatura Provincial (Cámara de Diputados y Senadores), once grandes Hospitales y otros edificios públicos de singular importancia. Posee un extenso paseo llamado «Parque Sarmiento», sobre los altos de la «Nueva Córdoba», que está considerado como uno de los más bellos de América; un pintoresco Jardín Zoológico, con notables colecciones de animales de todas las latitudes; decenas de plazas y plazoletas, bien arboladas y cuidadas; un Observatorio Astronómico, que fué fundado por el presidente Sarmiento, en 1817, y varios cementerios públicos, siendo el principal el «San Jerónimo», donde descansan las cenizas de muchos prohombres de nuestro pasado histórico.

Donde se manifiesta pobre nuestra gran ciudad es en materia de teatros. Solo posee uno, que es oficial: el viejo «*Rivera Indarte*», por donde desfilaron artistas famosos como Caruso, Tita Ruffo, María Barrientes y muchos más, y otro particular, de escasa importancia, denominado «*Novedades*»; en cambio tenemos más de treinta salas cinematográficas, muchas de ellas modernísimas, con calefacción central y «aire acondicionado», que pueden contener hasta dos mil espectadores cada una.

También tenemos muchas escuelas y establecimientos religiosos de educación, además de los Colegios Nacionales y la venerable Universidad, en número tal que no la aventaja ninguna nación hispanoamericana. Esta es la ciudad más culta de Sud América, y no la supera ni Buenos Aires; por eso se le ha llamado alguna vez la *Atenas del Plata*. Es capital de la provincia del mismo nombre, y está situada en el corazón de la Argentina, a solo 720 kilómetros de la Capital Federal. Es sede Arzobispal y posee un antiguo Seminario,

el de «Loreto», en donde se han formado ilustres sacerdotes y prelados argentinos. Tiene, asimismo, conservatorios de Música, de Pintura, y escuelas de Cerámica, de Tejidos y de Artes Aplicadas. Sus Bibliotecas llenan una magnífica misión cultural, y algunas de ellas llevan ya más de cien años de existencia, como la «Mayor» de la Universidad Nacional, que está enriquecida con valiosas colecciones



Interior del Claustro de Santo Domingo.

de libros y de incunables, y la de la Sociedad «Unión y Progreso», que es la decana de las Bibliotecas populares.

Han pasado más de tres centurias desde la venturosa fundación de esta Córdoba de la Nueva Andalucía, y nuestro espíritu siente inefable gozo al recordar tantos nombres ilustres y tantas bellas cosas de su pasado y de su presente. Solo diremos a manera de colofón, con Carlos Ibarguren y con nuestro dulce sentir, que «el pasado atrae con encanto melancólico a los espíritus soñadores. Evocar no es solamente recordar el tiempo que fué, sino penetrar en lo que ha muerto para sentir la palpitación de la vida que lo animó. Hay poesía en el fluir de esa fuente misteriosa que resucita e ilumina a un mundo extinguido»...

Córdoba (Argentina), diciembre de 1956.